

## Entrada desde la Perspectiva de la Oración



### Nos llama a ser sus amigos

El perdón hace resurgir el amor en nosotros. Un amor que es libre y generoso. Un amor que nos conduce a identificarnos con Cristo, a reproducir los rasgos del Hijo. Es un amor que nos lleva a tener los mismos sentimientos de Aquel que nos llama amigos. Jesús nos invita a estar con Él, a ser colaboradores en su misión. En este paso del Camino del Corazón es necesario reordenar la vida hacia la persona de Jesús, ordenar los afectos que mueven nuestra vida.

Sabemos de lo que el Padre es capaz de hacer en nosotros cuando lo dejamos entrar, conocemos el don de Dios, y por lo mismo nos disponemos a dejarnos conducir y guiar por Jesús. **Nos dejamos enamorar por Él, de tal modo que lo arrebate todo, lo afecte todo.** Queremos dejarnos transformar por su invitación y promesa, dejarnos habitar por Él, para poner en Él toda nuestra confianza y esperanza. Nos dejamos llamar porque reconocemos en la invitación que nos hace un camino radical y profundo de vida.

Queremos dejarnos transformar por su invitación y promesa, dejarnos habitar por Él, para poner en Él toda nuestra confianza y esperanza. Nos dejamos llamar porque reconocemos en la invitación que nos hace un camino radical y profundo de vida.

La palabra "mío" se graba tan fuertemente en nuestra mente y corazón, que resulta difícil incorporar la expresión "es de los dos" o "es de todos". Cuando de niños nos compraban algo y nos decían "es para los dos" o "es para todos" era igual a decir iniciemos una guerra campal. ¿Por qué? Porque existe una tendencia en nosotros de quererlo "todo para mí".

Compartir es lo que viene después del egoísmo. Es la instancia de superación personal, es un signo de progreso y crecimiento personal. Desde niños nos hacemos conscientes de quienes somos, de lo que ocurre a nuestro alrededor, nos sentimos queridos por las personas que tienen un amor "preferencial" hacia nosotros, y nos damos cuenta de lo importante y necesario que nos resultan esas personas. Ésta es la primera etapa de nuestra vida.

La siguiente etapa está marcada por la necesidad de aprender a estar con los demás, con las personas que queremos y nos quieren, pero nos damos cuenta de que no es un paso sencillo de dar. Es un cambio total de perspectiva y exige ponernos en el lugar del otro. Sólo podremos ubicarnos en este nuevo paradigma, si hemos transitado bien la primera etapa y estamos dispuestos a cruzar el mar del egoísmo para entrar en la vida de los demás: entran en nuevo mundo. Esta segunda etapa se inaugura en la infancia cuando aparecen los amigos. En los Ejercicios Espirituales nº 95 San Ignacio de Loyola pone en los labios del Rey Eterno un llamado a los discípulos a entrar en esta nueva perspectiva diciendo, «quien quiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena también me siga en la gloria»

Jesús nos invita a traspasar las propias fronteras del «yo» para entrar a percibir la vida desde el «tú» y es un paso que requiere de valentía y coraje, porque significa abandonar las propias seguridades y comodidades para vivir según su estilo de vida.

Hay que trabajar duro, sudar bastante y estar dispuestos, incluso, por momentos, a llorar la pérdida de los «ajos y cebollas de Egipto». Atravesar la primera etapa de nuestra vida significa dar un salto cualitativo, realizar un éxodo interior que muchos no se atreven a dar. Jesús nos llama amigos y nos invita a **pronunciar y conjugar, con la propia vida, la palabra compartir**. Si lo primero que aprendemos es a valorar lo que somos, es decir, el “yo”, el siguiente paso es empatizar con el “tú”.

Aunque pueda parecernos extraño, la configuración con el estilo de Jesús se produce a medida que adquirimos la actitud de compartir. En pocas palabras, la madurez en el seguimiento de Jesús se mide por su capacidad de entrega.



Desarrollar la actitud de compartir significa romper y salir, poco a poco, del «casarón» del egoísmo para descubrir la belleza de la vida a través de los ojos de Jesús. Cuando contemplamos el mundo a través de los ojos de Jesús, nos ubicamos en una nueva perspectiva de la realidad que nos hace descubrir nuevas todas las cosas.

Compartir es una actitud fundamental para estar con Jesús. Puede que resulte sencillo dar algo, una porción de algo que es de nuestra propiedad, pero darnos a nosotros mismos, es una realidad que nos hace temblar. Dar lo que somos es una tarea difícil porque toca las fibras más íntimas del egoísmo que lo referencia todo a sí mismo. No siempre estamos dispuestos o preparados para romper la inercia de girar sobre nuestro propio ombligo. Compartir es una batalla interior que nos acompañará toda la vida. Tiene como objetivo liberar el amor y su potencial: la generosidad. Debemos aprender a vivir «todo» lo que somos y lo que tenemos, haciéndonos «parte» en el otro. Compartir es una actitud que nos obliga a enfrentarnos al desprendimiento y el desapego para vivir según el estilo de Jesús.

Sólo si transitamos bien esta segunda etapa estaremos preparados para valorar el «nosotros». Sin este proceso de la conciencia humana y desarrollo afectivo no comprenderemos acabadamente lo que significa dar-nos, ofrecer-nos, compartir-nos con los demás.